

Subsidios

LA MIRADA QUE NO REPARA EN GASTOS (Mc 14, 3-9)

P. Mikel Hernansanz, OFM

1.- Una luz en medio de tanta oscuridad

Para entender mejor este relato es bueno que lo coloquemos en su contexto. Este encuentro se produce en un momento muy especial en la vida de Jesús. Se trata de su última aparición pública antes de la Pasión. El texto anterior a éste nos avisa que “los sumos sacerdotes y los letrados buscaban apoderarse de él con una estratagema para darle muerte”. Y el texto que va inmediatamente después de éste dice que “Judas Iscariote se dirige a los sumos sacerdotes para entregarlo”.

Es en este contexto tan sombrío y tan oscuro, donde aparece este relato. Y viene a resultar como una luz en medio de tanta noche, de tanta oscuridad como se cierne sobre la vida y el destino de Jesús. Este encuentro está rodeado de textos de traición, de conspiración, de sombras. Una vez más el evangelio nos impide lanzar miradas que no tengan presente todo el peso de la realidad, toda la ambigüedad del corazón humano, todo el realismo de la historia. Pero ahí, precisamente ahí, dentro de esa realidad tan amenazadora, es donde aparece este relato como una linterna que nos alumbra lo que no se ve a primera vista, que pone luz donde todo es oscuridad.

Un contraste que está bien resaltado en el evangelio cuando recoge dos palabras que se repiten: preparación y entrega: Los sumos sacerdotes y los letrados se preparan para acabar con Jesús. Noche, mucha noche. Judas se prepara para traicionarlo. Más noche todavía, porque surge de las mismas filas del Maestro. En medio de tanto preparativo para entregarle, esta mujer se pone también a preparar, anticipadamente y con perfume, el cuerpo de Jesús para la sepultura. Luz, mucha luz en medio de la noche. Aunque como siempre... en lo escondido. La mirada del evangelio nunca se escapa de la realidad por dura y negra que sea, pero acierta a ver las cosas por dentro. Acierta a reco-

nocer luces que no aparecen a simple vista pero que están sosteniendo y dando sentido a la realidad.

Lo que hace esta mujer para nosotras/os es poner luz a lo que luego va a ser el relato de la Pasión. Su gesto es una parábola preciosa e impresionante de lo que, en realidad, es la Pasión. Sin esta mirada amorosa, podríamos analizar lo que fue un proceso jurídico con bastantes irregularidades y muchas arbitrariedades; podríamos ver toda la injusticia que se está cometiendo contra un inocente; podríamos constatar la saña y la venganza con la que actúa el poder, más aún cuando se le provoca desde la indefensión, desde la no violencia. Podríamos ver el sin sentido de la ejecución pública de un hombre bueno. Pero esta mujer nos revela algo impresionante. Nada menos que la posibilidad de ver la Pasión de Jesús por dentro. Y sólo por esto hemos de estar infinitamente agradecidos a esta mujer.

Sólo por esto merece que “se la recuerde por lo que ha hecho, en cualquier parte del mundo donde se anuncie la buena noticia”. Hoy nosotras/os, en esta parte del mundo, en este momento, la recordamos y le agradecemos lo que hizo por Jesús y por nosotras/os. Porque, lo mismo que a Simón el leproso y a los que estaban en la casa, se les regala el olor de un perfume que no han pagado y el contemplar un gesto de amor que no han buscado, así, ese regalo, esa fragancia llega, gratuitamente hasta nosotras/os.

2.- Aspirar el aroma del encuentro

De alguna manera, más que leer este texto, se trata quizá de olerlo, de aspirar todo el aroma que trasmite, de entrar en él con el sentido del olfato; con la mirada de la complicidad, con el gusto de lo entrañable, de la intimidad compartida; con la capacidad de escuchar el silencio con el que procede la mujer, de tocar despaciosamente la cabeza de Jesús ungida con el perfume. En el evangelio hay textos que son para leerlos con los cinco sentidos, con la sensibilidad despierta y éste, desde luego, es uno de ellos.

Contemplemos el gesto de esta mujer que irrumpe en la casa de Simón, el leproso, sin aviso y sin permiso. Una mujer decidida porque decidido es el amor. Porque el amor timorato siempre se queda a las puertas o llega tarde. Porque el amor siempre tiene prisa. Es por eso por lo que el amor de esta mujer se apresura a acudir a donde Jesús. El amor es paciente, sí. Pero el amor también es impaciente. Y mucho.

Gestos pequeños que son inmensos. El evangelista lo relata en un solo versículo: “Llegó, rompió el frasco de perfume, lo derramó sobre su cabeza”. Gestos que no necesitan ni palabras ni explicaciones. Aquella mujer iba a eso.

No sabemos nada de la historia previa de esta mujer (de la que tampoco se nos da su nombre). Como tampoco sabíamos nada de la mujer que lavó los pies de Jesús con sus lágrimas en casa de otro Simón, el fariseo. Tampoco sabíamos nada de la mujer viuda que entregó al Templo todo lo que tenía para vivir; ni de la mujer hemorroisa, ni de la cananea... Son historias que permanecen en lo escondido y de las que el evangelio sólo nos muestra algunas puntas del “iceberg”. Historias no son para la especulación, sino que están entrañablemente guardadas en el corazón de Dios. Como la historia de tantas/os cristianas/os anónimas/os. Como esa parte de nuestra propia historia que es sólo de Dios y nuestra.

Lo que sí sabemos es que se trata de una mujer que ama mucho a Jesús, que le ama exageradamente, desmesuradamente, apasionadamente. Todos sus gestos lo único que hacen es poner imágenes a lo invisible de su corazón. Sabemos que amaba mucho a Jesús pero intuimos que un amor previo, el de Jesús, fue el que desató semejante respuesta. Es una mujer muy amada y, por eso, su agradecimiento y sus gestos son tan desmedidos. Un amor que sólo ella conoce y del que nosotras/os sólo vemos sus efectos, su eco, su respuesta. Una muestra.

3.- Un amor que no se reserva

Exageración, desmesura, entrega que el evangelista quiere resaltar. Lo mismo que en el caso de la viuda pobre, lo quiere dejar muy claro

y entonces matiza y concreta que aquella viuda pobre echó “tan solo dos monedas de muy poco valor”. Exageradamente poco. En este caso se nos dice que aquella mujer “llevó un frasco de alabastro, lleno de un perfume de nardo puro muy caro. Exageradamente mucho. Dicen los exegetas que viene a resultar el sueldo de todo un año o, en el caso de esta mujer, todo lo que necesitaría para vivir. Lo común a ambas mujeres, la que tenía exageradamente poco y la que tenía exageradamente mucho, es que lo dan todo. Se dan del todo. Que dan todo lo que tenían para vivir. No se reservaron nada porque un amor que se reserva ya no es amor. Puede ser algo valioso, pero no es amor. De una, de la mujer viuda, dice el texto explícitamente que echó “todo lo que tenía”, en este caso dice Jesús de la mujer que ha hecho “todo lo que podía”.

En esas dos moneditas estaba toda la riqueza de la confianza, del abandono, de la generosidad, de la libertad. En ese frasco de perfume está toda la riqueza del amor que aquella mujer siente hacia Jesús. Y en ambos casos la riqueza es riqueza de verdad cuando se da, cuando se entrega, cuando se derrama. Así es el amor. Cuando la riqueza se retiene, pasa lo que le pasó al joven rico, que el miedo a perderla se convierte en tristeza.

Podemos pasarnos un buen rato mirando a esta mujer, sin prisas por sacar conclusiones o hacer aplicaciones para nosotras/os. La oración contemplativa es “un largo y amoroso mirar” para que algo de lo contemplado en el Evangelio se trasvase a mi vida, se me pegue, se me contagie. Mirar su gesto, agradecer su gesto, envidiar su gesto. Saberlo lleno de libertad y de amor. Agradecer esta corriente de cariño que circula entre esta mujer y Jesús. Y, sólo después, pedir que algo de semejante cariño hacia Jesús llegue a mi vida. Sólo después, poder mirar el frasco de nuestro amor hacia Él, que quizá no sea de alabastro, que quizá no esté lleno, que quizá no sea de un nardo puro o tampoco sea un perfume muy caro. No importa, “lo que importa es poner nuestro torpe cariño delante de Él, unirlo con nuestro torpe amor. Atrevernos a hacerlo. No estando pendientes de medir si amamos mucho o amamos poco, sino de todo el agradecimiento y el cariño que sentimos hacia Él. Aunque, luego en la vida, nos liemos con bobadas”.

De lo que nos habla esta mujer es de un tipo de amor concreto, el amor gratuito, el amor de porque sí. No sólo por la salvación que el Señor trae a mi vida y al mundo, que también, sino por la salvación que Él es. El amor de “porque sí” y de “por Él”. “Porque sí y por Ti”. Y si nuestro corazón no da para tanto, pues hacernos más humildes, más pequeños: “Aquí estoy Señor para cuando Tú quieras, acorta Tú la distancia entre nosotros, ablanda Tú la dureza de mi corazón, desata Tú las ataduras de mis afectos, despierta Tú en mí el cariño hacia Ti”. Amores, como los de esta mujer, nos sobrepasan. Pero, en lugar de recriminarnos por lo tacaños que somos en el amor a Jesús, alegrarnos de toda la gente, en el evangelio y en el mundo, que te quiere bien, Señor, que te quiere así. Aunque yo no siempre pueda, sé que ellas y ellos están en el amor bueno.

En nuestro trabajo, en nuestra implicación con los pobres hemos de buscar la eficacia (representada en los “denarios” que vale el perfume). Buscar la eficacia no es lo mismo que buscar el autorreconocimiento. Eficacia no es lo mismo que éxito personal o colectivo (aunque sea en nuestra opción por los pobres o en el desarrollo de un proyecto social, educativo, pastoral...). El amor por los pobres no está reñido con el intento de ser rigurosos, de planificación, de utilizar las herramientas y los conocimientos necesarios, con una metodología seria... No sólo nuestro corazón, también nuestra inteligencia y nuestro buen hacer, han de estar al servicio de los pobres. Eficacia y gratuidad no se contraponen. Pero por encima de todo está la fecundidad del amor. Que se alegra cuando encuentra resultados (eficacia) y que no se hunde (gratuidad) cuando no los haya. Que no hace depender el amor de la eficacia, que sabe despilfarrar amor. La gratuidad en el amor hace que nuestras entregas no dependan sólo de los resultados, sino que quieren ser un torpe reflejo de ese amor de Dios que brilla más allá de que encuentre o no respuesta en nuestro corazón. La gratuidad trae consigo esa extraña eficacia que llamamos fecundidad. Que es una “eficacia” muy extraña, muy difícil de valorar, que uno se pregunta: ¿Sirvió para algo tanto esfuerzo si casi todo se esfumó, se evaporó (como el perfume que no dura para siempre)? ¿Merece la pena gastarse en algo que nadie ve o valora? Nadie salvo “el Padre, que ve en lo escondido. Y tu Padre que ve en lo escondido te lo pagará”. Sí, la fecundidad del Reino

es bien extraña y, si no, baste mirar al Crucificado. En Él hubo búsqueda de eficacia (toda la etapa de los milagros, curaciones, predicaciones...) pero al fin llegó esa otra eficacia del amor entregado: Jerusalén, la cruz. ¡La eficacia del amor que se derrama!

Hay un tipo de amor que es capaz de perder los papeles, que no repara en gastos. Vemos a esta mujer que pierde los papeles por Jesús. Y el evangelio está lleno de estos personajes. Tanto de los que pierden los papeles y las formas por Jesús, como de lo contrario, de los que quieren mantenerse a toda costa en su papel, en su sitio. Y los segundos recriminan a los primeros. Gente que pierde los papeles por Jesús: está Zaqueo haciendo el ridículo subiéndose a un árbol para ver a Jesús; están los amigos del paralítico que destrozan el tejado para poner a su amigo delante del Señor; está la mujer hemorroisa que se atreve a tocar impuramente, esperanzadamente, siquiera el manto de Jesús; está el ciego de Jericó que grita y vuelve a gritar. Y, por el otro lado, están todos esos otros que censuran, que mandan callar, que murmuran, que guardan los papeles y que critican. También de esto nos habla nuestro relato.

Dos actitudes, dos reacciones que están fuera y están también dentro de nosotras/os. El deseo de perder los papeles, los guiones, la prudencia, por Jesús y su Evangelio y la parte “sensata” que acalla, con razonamientos o excusas, que reprende incluso, todas esas voces. Y lo bonito es que Jesús siempre da la cara por aquellos que son criticados, por los de “sin papeles”. Jesús da la cara por esta mujer. Como lo hizo por ejemplo en el caso de Zaqueo o de la mujer sorprendida en adulterio.

Dice el texto que “algunos estaban indignados y comentaban entre sí: “¿A qué viene este despilfarro?”. Los que critican, en el caso de este Evangelio de Marcos, son algunos de los que estaban en casa de Simón, el leproso. En el Evangelio de Juan es Judas el que critica, pero es que, en Mateo, ¡son los mismos discípulos de Jesús los que censuran a esta mujer, los que se quejan del gesto exagerado y tan poco práctico! Y lo tremendo es que tienen razón, ¡es un despilfarro! En realidad no había necesidad de tanto perfume ni tan caro, bastaba con menos.

Pero uno de los rasgos del amor es que no mide, es que se le da muy mal calcular.

Gestos exagerados que muchas veces hemos vivido entre gente sencilla. Personas que llenas de agradecimiento, nos han ofrecido regalos desproporcionados para su situación económica tan precaria. Personas que saben que tiene pocas cosas pero mucho agradecimiento y sienten la necesidad de expresarlo. Sienten la necesidad de poder aportar, expresar, agradecer.

4.- Las excusas al amor

Es verdad que aquel perfume se podría haber vendido por trescientos denarios y habérselo dado a los pobres. Pero es que ahora no tocaba eso. El Evangelio no está contraponiendo un tipo de amor (a Jesús) con otro (a los pobres). Basta leer el Evangelio por cualquier esquina para ver que esto no puede ser así. Basta saber que un amor personal hacia Jesús siempre va a derivar en un acercamiento más hondo, más implicado, más evangelizado, hacia los preferidos del Padre.

Lo que está diciendo este relato es que esta mujer sabe leer la realidad. Sabe que a veces toca venderlo todo y darlo a los pobres y otras veces toca el encuentro interpersonal con el Señor, el cara a cara, el corazón a corazón, con Él. Nos pasa a nosotras/os también. Da la sensación de que hay veces en nuestra vida en que Jesús nos dice: “Estoy infinitamente agradecido por todo lo que has trabajado por mí durante todos estos años, está muy bien, pero es que ahora te quiero a ti, ni siquiera quiero tus obras, te quiero a ti”. Y esto no es sensiblería, ni es espiritualismo, ni falta de compromiso hacia los pobres.

En realidad si nos fijamos bien todas estas acusaciones de los discípulos no son sino excusas que ponemos al amor. Nos cuesta tanto soltarnos en el amor que preferimos llenar la bolsa y repartir monedas entre los pobres; preferimos hacer cosas, que amar vulnerablemente. El corazón se parapetea con toda clase de razones. Somos tan necios que hasta de lo más querido por Jesús: el amor y la compasión hacia los pequeños, hacemos una excusa para no entregarnos a Él, para no

entregarle el corazón. Otra vez preferimos merecer. Se nos atrinchera el corazón con ideologías o con causas, con quehaceres, incluso con entregas generosas. Nos parapeteamos para no llegar desprotegida-mente hacia Ti, Jesús. ¡Cuánto nos cuesta desprotegernos!

Podemos pararnos a “mirar al que te mira”, que diría santa Teresa. Volver al amor de porque sí, gratuito, hacia Jesús. Que, a veces experimentamos con intensidad emocional y a veces sin ella. Porque el amor no es cuestión de momentos puntuales por muy intensos que sean. Es cuidar la mirada recibida. Es guardar, custodiar esa mirada. Venderlo todo para, llenos de alegría, hacernos con aquella mirada. Esa mirada que tenemos grabada, “esa mirada del amado en nuestras entrañas dibujada” en palabras de san Juan de la Cruz (que por cierto es una suerte que los varones también accedamos a este tipo de lenguaje, a esta experiencia).

Mirar mucho a Jesús. Sabernos y sentirnos muy mirados por Él. Miradas gratuitas, como son las miradas de la gente que se quiere. Hay amores desbordantes y desbordados, como el de esta mujer. Y hay amores más trabajados, amores que tuvieron que ser rescatados, como en el caso de Pedro. Amores que nacieron del entusiasmo y del idealismo; amores que se apoyaron en la generosidad, amores que sucumbieron en la prueba y amores, en fin, que fueron recuperados. Ojalá que también podamos decir con Pedro: “Señor, tú lo sabes todo, Tú sabes que te quiero”.

Quien lleva “la mirada de Jesús en sus entrañas dibujada”, se acerca de otra manera a los pobres. Lo hace con más humildad, con menos pretensiones, con más compasión (incluso cuando es preciso mostrarse firme). A quien se sabe mirado así le nace menos el juicio, comprende mejor las miserias ajenas, valora más los pequeños avances o simplemente las pequeñas luces, aunque luego se apaguen. Le nace otra mirada. Es una suerte encontrarse con personas que aman mucho a Jesús y que, a la vez, se sienten muy citados en la vida por los pobres concretos. Es una suerte porque, siendo amores distintos, llega un momento en el que el agua que discurre por ambos cauces es la misma. Se ama con el mismo amor que se recibe.

5.- La parábola de la Pasión

Lo que hemos visto es un gesto de amor de una mujer que quiso mucho a Jesús pero es también una parábola de la Pasión. Una imagen que remite a ese Padre, loco de amor, que decidió un día romper para nosotras/os y, del todo, el perfume de su amor. También Él se vació. Se rompió el frasco del cuerpo de Jesús y su perfume de amor y de salvación se derramó por toda la humanidad, por todos los siglos. Hasta nosotras/os llega hoy su fragancia. Caro, muy caro resultó ser semejante perfume. Pero había tanto amor en aquel gesto que nada de lo humano, por maloliente que parezca, podrá neutralizar ya semejante perfume. Su fragancia incontrolable gravita sobre cada una/o de nosotras/os. Nos toca aspirar su aroma. Y agradecer, agradecer infinitamente a Dios que nos haya amado tanto. ¡Tanto y así!